

5 de abril de 2024 - Viernes de la octava de Pascua

[Hechos 4:1-12; Juan 21:1-14](#)

Homilía

Al comienzo del tiempo de Pascua, el leccionario litúrgico para la primera lectura de la misa se basa en gran medida en los primeros capítulos de los Hechos de los Apóstoles, que describen la experiencia de los Apóstoles y de la primera comunidad cristiana en Jerusalén, inmediatamente después de la muerte y resurrección de Jesús, y sobre todo después de Pentecostés. Los Apóstoles, que eran tan pusilánimes en el momento de la Pasión, están ahora llenos del Espíritu Santo y hablan pública y poderosamente en nombre de Jesús, y realizan milagros en su nombre. Cuando se les prohíbe hacerlo, simplemente responden que deben obedecer a Dios antes que a los hombres.

Es interesante observar que el sumo sacerdote y el Sanedrín, cuando convocan a los apóstoles, nunca mencionan el nombre de Jesús. Después de la curación del paralítico por parte de Pedro y Juan, les preguntan con qué poder y en nombre de quién lo han hecho, los Apóstoles responden que es en nombre de Jesús, el Nazareno, al que crucificaron y al que el Padre resucitó. Pero ellos, los jefes de los sacerdotes y los escribas, nunca utilizan el nombre de Jesús. Simplemente prohíben a los Apóstoles enseñar en este nombre, y hablan de "este hombre", pero nunca mencionan su nombre. ¿Por qué esta negativa a utilizar el nombre de Jesús? No creo que fuera un desprecio o una falta de respeto. Probablemente fue miedo o aprensión por su parte. Hay poder en un nombre. Y cuando se usa ese nombre no se sabe lo que puede pasar. No quieren creer en Jesús; pero no están absolutamente seguros de que no sea de Dios.

¿Qué es un nombre? En todas las culturas antiguas, incluida la de Israel, como en muchas culturas incluso hoy en día, un nombre no es simplemente una etiqueta que se pone a una persona para identificarla. No es un simple signo de identificación. Es algo que expresa la propia naturaleza, la propia identidad de la persona. Por lo tanto, este nombre se utiliza raramente. En la cultura Ashanti, en Ghana, por ejemplo, el nombre que se da a un niño al nacer, que suele ser el de un antepasado, condiciona toda su existencia. Es algo sagrado, por así decirlo, y este nombre se utilizará muy raramente. En la vida cotidiana se utilizan otros nombres, por ejemplo, los correspondientes al día de la semana en que se ha nacido o al rango que se tiene en la familia.

En la Biblia, cuando Moisés recibe la misión de liberar a su

pueblo, quiere saber "en qué nombre" lo hará. Sabe que la gente le preguntará: "¿En nombre de qué haces esto? Del mismo modo, los escribas y los doctores de la ley en el Evangelio preguntan a Jesús en qué nombre realiza sus milagros. No pueden negar los milagros, que son evidentes, pero quieren saber de quién recibió Jesús el poder para realizarlos. En cuanto a Moisés, recibe una respuesta misteriosa que es, como sabemos, el nombre de Yahvé, que no es simplemente el nombre de Dios, sino el nombre por encima de todos los nombres, el Nombre por excelencia, el nombre en el que reside todo el poder.

San Pablo, en su Carta a los Filipenses, habla de que Jesús se hizo obediente hasta la muerte, y la muerte de cruz, por eso el Padre lo exaltó y le dio "el nombre" que está por encima de todo nombre, es decir, el nombre de Kurios, el nombre de Yahvé.

Actuar en nombre de una persona es utilizar el poder de esa persona, participar en su identidad. Es, en cierto modo, transformarse en esa persona. Cuando Pedro, unos días después de Pentecostés, se encontró con un mendigo tullido, le dijo: "No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te lo doy. En el nombre de Jesús, toma tu estera y camina. Por el poder de este nombre de Jesús, el mendigo queda curado. Y es por esta razón que el sumo sacerdote quiere impedir que los Apóstoles actúen en "este nombre".

Pero como "este" nombre se ha convertido en "su" nombre, porque han sido transformados al actuar y predicar en el nombre de Jesús, los Apóstoles ya no pueden dejar de hacerlo. Hacerlo sería despojarse de su propia identidad. Y cuando son azotados, salen del Sanedrín llenos de alegría por haber sido juzgados dignos de ser maltratados a causa de ese Nombre.

Cuando celebramos la liturgia, es en este Nombre en el que estamos reunidos. Jesús dijo: "Siempre que dos o tres se reúnen en mi nombre, yo estoy en medio de ellos" y de nuevo: "Todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, os lo dará". Así que está en medio de nosotros en este mismo momento. Él es el que hace que todos seamos una comunidad. En su nombre, recemos unos por otros y por toda la humanidad. Pidámosle que tengamos el valor de hablar en su nombre, e incluso de sufrir si es necesario, por "El Nombre" que es tanto suyo como de su Padre.

Armand Veilleux